

Este capítulo forma parte del libro:



***Trayectorias universitarias (1973–2023)
Experiencias docentes y administrativas
en la Universidad Autónoma de
Aguascalientes***

**Marcela López Arellano
(Coordinadora)**



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

Número de edición: Primera edición electrónica

Editorial(es):

- Universidad Autónoma de Aguascalientes

País: México

Año: 2025

Páginas: 244 pp.

Formato: PDF

ISBN: 978-607-2638-49-5

DOI:

<https://doi.org/10.33064/UAU/978-607-2638-49-5>

Licencia CC:



Disponible en:

<https://libros.uaa.mx/uaa/catalog/book/355>

La radio universitaria



DE XENM. RADIO CASA DE LA CULTURA, A XHUAA. RADIO UNIVERSIDAD DE AGUASCALIENTES Y ANEXAS

Carlos Reyes Sahagún

En julio de 1980 concluí mis estudios –si así se puede calificar lo que fui a hacer a la Ciudad de México– de la licenciatura en Ciencia Política, en la unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana. La noche del último día de ese mes emprendí el regreso definitivo a casa, decidido a no arraigarme en la capital del país. Evidentemente el bachiller que se fue a México era muy distinto al profesionista en ciernes que regresó a Aguascalientes en 1980. Confieso que en aquella ciudad me dejé seducir por el “Ombligo de la Luna”, el peso enorme de su historia, la belleza de sus monumentos, las opciones artísticas que ofrece; posibilidades que aproveché a plenitud. Además, participé hasta donde pude, y en ocasiones un poquito más allá, de la gran oferta artística que brindaba la universidad. Gracias a ella tuve el privilegio de escuchar a la Camerata Punta del Este, a José Kahan, entre otros; ver a grupos de teatro, como el uruguayo El Galpón, a los Teatristas de Aguascalientes en la época de oro de esta agrupación, con la obra *Sábado Distrito*

Federal; ver películas como *La confesión*, *Estado de Sitio*, *Z*, de Costa-Gavras, y muchas más.

Por otra parte, acompañé mis horas de solitario estudio con la escucha de la programación de Radio UNAM –¿cómo olvidar el inicio de transmisiones, con el Concertino de Miguel Bernal, o los programas de comentarios de Tomás Mojarro?–, Radio Educación, pero también las tres emisiones cotidianas de los Beatles en Radio Éxitos, la programación de Radio Universal y de XELA, una estación que difundía música clásica, que terminó su vida sacrificada en el altar de los deportes. En fin, a lo que voy es a que, de regreso a Aguascalientes y con este entrenamiento auditivo, me convertí en radio escucha prácticamente consuetudinario de XENM, Radio Casa de la Cultura, hasta que en el transcurso de la administración del gobernador Miguel Ángel Barberena Vega, los nuevos directivos dieron al traste con su programación, en un acto fruto de la incomprendición de la naturaleza de la radio pública; esa intención absurda, ignorante, de convertir la radio pública en radio privada, pero sin publicidad, o con sólo la ineludible publicidad oficial. Entonces, el título, gran título de “Radio Casa de la Cultura”, fue tirado a la basura olímpicamente.

Por cierto, en el lapso en que me desempeñé como director general del Instituto Cultural de Aguascalientes (2021-2022), intenté revivir esta Radio Casa de la Cultura, ahora por internet, y alguna cosa se hizo, se diseñó una barra programática e incluso se grabaron algunos programas piloto. Pero, como le dijera fray Lorenzo a Ju-lieta ante la muerte de Romeo: “Un poder superior a nosotros ha impedido nuestro intento”, o lo que es lo mismo: “orden dada no vigilada se va a la fregada”, cosa que por desgracia ocurrió en más de una ocasión. En 1987 era yo colaborador habitual de *El Unicornio*, el suplemento dominical de *El Sol del Centro*. Entonces aproveché esta muy alta tribuna y escribí un artículo denunciando la transformación del doctor Jekyll en míster Hyde.



Cabinas de transmisión de Radio UAA, ca. década de 1980. Fototeca UAA.

Uno de mis programas favoritos en radio era “Aquí Europa”, una emisión de dos medias horas, mañana y noche, que se nutría con lo que sería el antecedente del *podcast*, grabaciones procedentes de los servicios de transcripciones de algunas emisoras europeas, principalmente la holandesa Radio Nederland (de esta emisora sobrevive en Radio Universidad “Podium Neerlandés”, un programa en el que se escucha música interpretada por sinfónicas de los Países Bajos), la alemana Deutsche Welle, la británica BBC de Londres y ocasionalmente Radio Francia. Recuerdo programas como “Introducción al conocimiento de los instrumentos musicales”, “La vaca Risholanda”, “Cuando el mundo se completó”, etcétera.

Había un programa que me interesaba de manera particular, “Voces”, que dirigía el periodista chileno José Zepeda, director del servicio de transcripciones de Radio Nederland para América Latina. En alguna ocasión solicitó textos y yo envié uno, mi *protocuento* “Orión por última vez”. Entonces, ocurrió que un día, a la hora de encender la radio, me encontré con mi texto, debidamente aderezado con música y leído por la voz de Zepeda. Desde luego la emoción fue grande. Primero, presentir la familiaridad de las palabras, hasta reconocer mi voz. Entonces solicité a XENM una copia, que por alguna razón no pude ir a recoger a las instalaciones de ryTA, que entonces se encontraban en la avenida López Mateos, en el lado

oriente del Hotel Fiesta Americana. En mi lugar, mi mamá me hizo el servicio, uno más, y hasta ahí llegó este primer acercamiento con la estación. En cuanto al casete donde Dávila me hizo el favor de grabar el programa holandés de referencia, quién sabe en dónde quedó...

Supongo que esta conversión en míster Hyde ocurrió más o menos a la par de mi ingreso a la Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA), cuando fui contratado por la socióloga Consuelo Meza Márquez, a la sazón, jefa del Departamento de Sociología, un departamento tan importante que de él surgieron luego los departamentos de Historia y de Ciencias Políticas y Administración Pública.



Cabinas de transmisión de Radio UAA, ca. década de 1980. Fototeca UAA.

Si bien es cierto que mi trayectoria universitaria inició en septiembre de 1981, con alguna asignatura –fue así como conocí a Consuelo, a cuyo grupo impartí una materia–, sólo hasta 1987 ocupé una plaza de tiempo completo. En 1980, al concluir la carrera, me presenté a una oposición en el Departamento de Sociología de la UAA, que ni siquiera perdí, porque la declararon desierta. No recuerdo si hubo otros participantes. Evidentemente a la hora de los trámites para participar conocí al sociólogo Alfredo Ortiz Garza, en ese momento jefe del departamento, que por cierto también era egresado de la UAM. Lo vi tiempo después de este fallido intento por incorporarme a la UAA y me ofreció una materia en Sociología. Era

una de la serie de Autores Sociológicos, referida al marxismo. Entre septiembre de 1981 y julio de 1984 impartié esta cátedra a los estudiantes del cuarto semestre de Sociología, e incluso en el primer semestre de 1984 tuve un medio tiempo interino. Entonces compartí cubículo con María Estela Esquivel Reyna. En el segundo semestre se abrió un concurso de oposición que esta vez sí perdí. La consecuencia principal de esto fue que quedé fuera de la universidad, hasta que Consuelo Meza se convirtió en jefa del departamento, en febrero de 1987, y me contrató a partir del segundo semestre de ese año.

A este respecto, mi ingreso a la UAA como profesor de tiempo completo ocurrió el mismo día de julio que mi amigo Enrique Rodríguez Varela, con quien compartí cubículo hasta que, en 1990, él pidió permiso para asumir la Dirección de Difusión y Promoción del Instituto Cultural de Aguascalientes. Para mí, esos años fueron de valioso aprendizaje, de conversaciones interesantes, de comparición de ideas y textos, dada la proverbial generosidad de Enrique. XENM estuvo encabezada desde su fundación y hasta 1987 por el señor José Dávila Rodríguez. Si la memoria no me engaña, él renunció ante el giro que estaba tomando la estación y para no faltarle al respeto a su jefe. Por fortuna, al poco tiempo apareció como jefe de Radio Universidad.

Permítaseme una digresión. Una época de mi vida viví en una casa de la acera sur de la avenida Madero, a unos metros de la XEBI, que todavía no era Radio Grupo. El hecho de que fuera vecino y compañero de escuela de Pedro Rivas Godoy, hijo del propietario de la estación, me permitió, de cuando en cuando, incursionar en las instalaciones de la estación; estudios y cabina, discoteca. Tengo muy vivo el recuerdo de Alberto Luna sentado ante el micrófono, hablándole a los miles de radio escuchas de la emisora, y me acuerdo también de otros locutores de muy alta prosapia en el pueblo: Juan Manuel Orenday García y Ángel Ortega Carmona, voces privilegiadas, elegantes, auténticos señores del micrófono. Estas esporádicas visitas a Radio BI propiciaron el surgimiento de mi admiración por la radio, mi curiosidad por el proceso productivo de este medio de comunicación, que me pareció algo mágico: esta alternancia de música, mensajes grabados,

la atención del teléfono –“¿Para quién es su complacencia?”– y la voz del locutor, todo a un ritmo de vértigo. Hasta aquí la digresión.

Aparecido José Dávila en Radio UAA, a donde había atraído prácticamente a todo el equipo que lo acompañó en el proyecto de XENM; a casi todos sus elementos, menos a algún sangrón irreducto. Entonces, mi amigo Marco Alejandro Sifuentes, con quien me unía el gusto y cultivo del rock, tenía en la emisora universitaria un programa junto con su compañero arquitecto J. Jesús López García, a quien conocí entonces y estimé. “Rock y diálogos”, se llamaba, y tenía por rúbrica el inicio de la obra maestra de Manfred Mann’s Earth Band, *Messin* –en el minuto seis abre muy bien los oídos, cierra muy bien los ojos... entonces, montado en el sonido de la guitarra, verás a Dios. La visión terminará en el 8.50, así que ten cuidado en el reingreso a la atmósfera–. En una ocasión, Marco me invitó a acompañarlos en la grabación de alguno de los programas dedicados a The Doors, tal vez a raíz de mi lectura de *Las puertas de la percepción*, de Aldous Huxley, de donde Morrison había tomado el nombre del grupo. Tal vez fue cuando tuve mis primeras intervenciones en radio, por allá de 1988 o de 1989, y digo quizás porque, más o menos al mismo tiempo, Jorge García Navarro me invitó esporádicamente a su programa, “Hablando de cine”, también para comentar música del cinematógrafo. Recuerdo señaladamente *Jesucristo Superestrella*.

Aunque debo confesar que posiblemente estas primeras incursiones en la radio con Marco Sifuentes no fueron para participar, sino que simplemente me le pegué de mirón; no estoy totalmente seguro. También coyunturalmente participé en los noticieros de la estación. En ese momento, uno de los principales reporteros era Rafael Ladislao Juárez Rodríguez, que había migrado de XENM con Dávila. Fue en alguna de esas ocasiones cuando conocí al señor Dávila. Me acuerdo de esta primera y, debo decirlo, decepcionante impresión. Panzón, como él mismo se decía, desgarbado, vistiendo pantalón de gabardina y una playera larga. ¿Ésa es la voz más elegante de la radio de Aguascalientes; la más culta y varonil; la más reposada? Pues sí... ésa era, pero como digo, fue sólo la primera

impresión, algo más bien anecdótico. Conservo la satisfacción de saber que en un principio él tuvo alguna simpatía por mí, desde el momento en que me identificó como el escritor de aquel artículo en *El Unicornio*, sobre los cambios en XENM, simpatía que fue ampliamente correspondida, y creciente con el trato, a un grado tal que cargo con él en mi espalda desde su desaparición, en abril de 2004.

Estas visitas esporádicas a Radio Universidad, que entonces compartía espacio con el Departamento de Educación, en la parte poniente del Edificio 13 de Ciudad Universitaria, alimentaron la idea alucinante de tener mi propio programa. Algún demonio debió susurrarme en el oído la pregunta: “¿y por qué no?”. Me acuerdo que, ya cuando la estación se había cambiado a su sede actual, en el Edificio 14, un día le planteé el tema a Dávila. En respuesta, me pidió que le llevara un proyecto. En rigor, el asunto era fácil: el programa se llamaría “Cajón de Sastre”, en honor de mi admiradísimo padre Jorge Hope Macías, quien durante varios años sostuvo una columna con ese nombre en *El Sol del Centro*, en el que abordaba los temas que captaban su interés, y lo hacía con una maestría que pocas veces se ha visto en el periodismo de Aguascalientes.

“Cajón de sastre”, un lugar donde hay de todo: hilo, tijeras, botones, cinta, agujas, patrones... Era yo un lector voraz, y entonces la idea era compartir con el auditorio de Radio Universidad algún texto que me pareciera particularmente interesante sobre cualquier tema, todo ello aderezado con la música de la discoteca excepcional de mi madre: Otto Cesana, Paul Weston, Frank Chacksfield, Mantovani, Billy May y otros. Todavía resuena en mis oídos la voz de Dávila corrigiendo mi deficiente pronunciación de la palabra *Cesana* o el término *Concertgebouw*, referente a la principal sala de conciertos de Ámsterdam. Por cierto, hoy en día es muy fácil encontrar música de estas y otras orquestas, pero en aquella época era en verdad excepcional.

Dávila dio su beneplácito, a un grado tal que asumió como propia la tarea de elaborar la rúbrica del programa. En ese tiempo me transportaba en una Scooter Honda de 40 centímetros cúbicos. Entonces, ideó que llegaba yo al lugar, estacionaba la motocicleta y

luego venía el tecleo de una máquina de escribir, a la que seguía mi voz. El programa estuvo al aire de noviembre de 1990 a febrero o marzo de 1993, en que ya no me fue posible producirlo. En junio de 1991 transmití varios programas dedicados al eclipse total de sol que tuvo lugar el 11 de julio de ese año, uno de los más largos del siglo, cuya sombra portentosa pasó por encima del águila devorando a la serpiente de la Plaza de la Patria, algo verdaderamente espectacular. Para el efecto, me había preparado leyendo cuanto material pude conseguir sobre el tema. Posiblemente debido a la manera como me referí a la maravilla de la mecánica celeste y la emoción que puse en esos programas es que Dávila me invitó al programa charro “Al tranco origen esencia”, a hablar sobre el tema. Y, otra vez –¿cuántas veces más?– supongo que le gustó mi desempeño con los charros. El hecho es que me invitó a incorporarme a ese equipo, un poco como *patiño*, el que ignora todo sobre la charrería pero pregunta para que los expertos aclaren cosas para el público. En esa época conducía el programa Juan Antonio Vera López, que tiempo después salió y Dávila me convirtió en el conductor, función que desempeñé de manera intermitente desde, más o menos, 1994 o 1995, hasta su lamentable extinción, en 2022. Otro conductor que sentó sus reales en esa época fue el estimado ingeniero Felipe de Jesús Polina Ramos y, en menor medida, el no menos estimado médico Juan José de Alba Martín, que era, en primera instancia, el alma del programa: el productor.

Por cierto que mis hijos Carlos Arturo y David Emmanuel, ambos de apellido Reyes Alonso, han hecho carrera radiofónica y televisiva, el primero en Cable Canal, Televisa, Radio Universal, y el segundo en Ultravisión, y actualmente ambos en Radio y Televisión de Aguascalientes. Uno de mis orgullos es esta certidumbre que tengo de haber tenido algo que ver con el surgimiento de esta vocación, por lo siguiente: los sábados, Radio Universidad emitía un programa producido por Alicia Medel y Alejandrina Olivier que llevaba por título “Los niños platican”. Carlos Arturo tendría unos ocho años y Margarita, su hermana, cuatro. Entonces tuve el interés de llevarlos a la emisión, que era en vivo, y en la que participaban otros

infantes, esto por ofrecerles una actividad interesante, distinta a lo que hacían durante la semana. Supongo que esta experiencia marcó al niño a un grado tal, como para buscar hacerse de un lugar en la radio. En cuanto a David Emmanuel, se sintió contagiado por el hermano. Por otro lado, los intereses de Margarita fluyeron por otros senderos.

Entre fines de 1992 y noviembre de 2010 estuve de permiso en la universidad y trabajando en diversas dependencias del Ejecutivo del estado. Entonces mi única liga con la institución fue a través de la radio, a través del programa charro. En 2014, a partir de una iniciativa de Mario de Ávila Amador y Luciano Ramírez Hurtado (no estoy totalmente seguro de esto, pero casi), se organizó el programa con el afortunado nombre de “Palabras contra metralla”, destinado a recordar la Convención Militar Revolucionaria de Aguascalientes de 1914, en el centenario de su realización. La emisión duró varios meses, dado que no sólo se refería de manera específica a la asamblea, sus temas, sus personajes, su duración, sino de ubicarla en su contexto, es decir, el proceso que condujo a esta reunión que tuvo como sede nuestra ciudad, que no era otro que la revolución en su conjunto. La idea, así, fue conectar una cosa con la otra, explicar cómo la revolución había desembocado e impulsado esta reunión.



Edificio 14 de Radio UAA, en el campus central de la UAA. Fototeca UAA.

Quienes conocíamos mejor este tema éramos Luciano, Enrique y yo. Luciano porque había hecho su tesis doctoral en Historia del Arte sobre la caricatura periodística generada durante la Convención, aparte de haber estudiado de manera exhaustiva la personalidad del coronel David G. Berlanga, una figura interesantísima que en esos días se desempeñó como secretario general de gobierno del estado. Enrique era, es, el experto en la revolución, y en cuanto a mí, había publicado un par de libros sobre el tema, *Diario de la Convención*, que hacía un seguimiento cotidiano de la reunión, escrito en una forma tal, que buscaba generar en el lector la impresión de estar leyendo las noticias del día de un diario. El otro fue mi novela *Hotel Washington 1914*. En ambos casos me parecía que se trataba de formas de incursionar en el tema de la Convención, diversas a la académica. Yo no llegué de inicio al programa, sino semanas después, pero me quedé. También participaron en él, además de Enrique, mi amigo y mentor Andrés Reyes Rodríguez.

Agotado el tema, concluidas las recordaciones del evento, surgió el cuestionamiento: ¿y ahora qué? El punto era que ya teníamos el espacio en Radio Universidad y sería lamentable no utilizarlo. Entonces la idea fue reorientarlo a la Historia en general, convertirlo en un programa del Departamento de Historia. Así que con la anuencia del jefe de Radio UAA seguimos de frente, ahora con el nombre de “La tercera memoria, historias para contar”. La denominación procedía del título de uno de los libros clave del periodista Julio Scherer García, fallecido el 7 de enero de 2015, justo cuando discutíamos sobre la posible continuidad de la emisión, ahora con otro nombre. Fue Enrique quien propuso la nueva denominación, cosa que todos aceptamos. Lo de *historias para contar* no sé quién lo agregó, quizá Mario. Por cierto, Luciano ya no pudo continuar por razones familiares, pero en su lugar llegaron el médico de niños de pueblo Ismael Landín Miranda, impulsado por un notable y gozoso interés por la historia, y luego la doctora Marcela López Arellano, sin duda una valiosísima adquisición del programa, una mirada más fresca y diversa que la nuestra, la de los componentes originales.

“La terca memoria...”, la lucha en contra del olvido, el recuerdo dinámico que obliga a una toma de posición en torno no sólo de los temas tratados, sino en general del devenir social. “La terca memoria...”, la explicación sobre cómo fue que llegamos a ser lo que somos, no sólo a manera de placer intelectual, sino también en respuesta al compromiso de crear y/o enriquecer la ciudadanía de todos. Pero independientemente de lo anterior, “La terca memoria” es, como antes lo fueron “Rock y diálogos”, “Hablando de cine”, “Cajón de sastre”, “Al tranco origen y esencia” y muchas otras emisiones, una conversación entre amigos en la plaza pública que es la radio universitaria, orgullosamente radio pública.

